XVI.

¿En dónde están las nieves últimas?

Aunque desde que asumí la tarea de escribir esta narración, me he lamentado muchas veces de no ser sino simple expositor de hechos é incidentes y no maestro de la novela, creo que nunca lo he sentido tan hondamente como ahora que empiezo este capítulo. Los actos sombríos del drama de la vida real en que María y yo hemos tomado tan penosa parte, tan llena de amargura, y que si iluminada por un rayo de alegría ha sido falaz é incierta; esos actos los he descrito con poca dificultad; he vuelto simplemente con el pensamiento á los cuadros del pasado, y los he reproducido en palabras. La labor bien ó mal desempeñada, no ha sido dura.

Pero ahora que en un instante y como por encanto todo cambia, que la angustia parece como si la hubiesen barrido de nuestras vidas, que la confesión de ese pobre, abyecto misera-

ble, arrancada de su boca no sé de qué misterioso modo, deja no sólo nuestro porvenir brillante y sin nubes, sino que consigna al olvido todos los fantasma del pasado, cuyas formas espantosas espiaban hasta hoy nuestros pasos y nos denegaban la dicha que de derecho corresponde á los que aman como nosotros; ahora siento intensamente mi cortedad y desearía fuese más poderosa mi pluma.

Y sin embargo, una palabra sería bastante para describir el estado de mi ánimo, cuando en el instante en que el juez pronunció las últimas solemnes palabras, dichas con voz que demostraba la emoción y el desamparo de verse obligado á condenar á un semejante suyo, saqué á mi desmayada esposa del tribunal repleto y sombrío. El momentaneo rapto de goce pasó, y la palabra que pudiera expresar lo que después sentí es: extravío, completa locura. No podía pensar, todas las facultades de mi razón me abandonaron, y creo que si María no hubiera perdido el conocimiento, y no hubiese necesitado tanto de mis cuidados materiales, yo habría caído sin sentido en el umbral que cruzamos una hora antes, pensando que nos dirigíamos á infinita miseria.

Recuerdo esto. Al colocar á María en uno de los duros bancos de madera del corredor de piedra, me quedé repitiéndome: «Inocente. mi amor es enocente, ese hombre es culpable.» Supongo que esta continua reiteración era una manera de impresionar la tremenda verdad en

mi cerebro, que durante algún tiempo se negó incrédulo á admitirla.

Levanté el velo que cubría el rostro de mi esposa y bañé su cara con agua que me fué traída por un bondadoso guarda. Se abrieron sus ojos, volvió el conocimiento y trató de hablar.

Mi presencia de ánimo volvía ya y pude decirle al oído:

—Querida, por nuestro amor, ni una palabra en este lugar. Dentro de un momento nos vamos.

Obedeció: pero por la alegría que vi brillar en sus ojos, conocí que aquella obediencia era un colmo de esfuerzo. Pronto pudo levantarse y salimos del edificio, nos abrimos camino por entre la multitud que aguardaba en la calle ocupada en discutir la rápida terminación del juicio, tomamos un coche, y un minuto después llorábamas y reíamos alternativamente en estrecho abrazo.

Pero esto duró sólo unos instantes, pues la posada donde estábamos alojados quedaba cerca. Al llegar fuimos conducidos á nuestro aposento y al fin ¡nos encontramos libres de dar amplia salida á nuestros sentimientos.

Fuera absurdo tratar de reproducir nuestras palabras, nuestras locas exclamaciones. Sería sacrilegio el describir nuestras lágrimas, nuestros abrazos y amorosas caricias. ¡Considéresenos una hora antes, una hora apenas y véasenos ahora! ¡La maldición que pesaba sobre nosotros desde aquella noche terrible, ida para

siempre! Nuestro secreto ó discreción, aunque prudente aún, no era ya absolutamente necesario.

María, á despecho de cuanto yo había visto y de lo que ella me había dicho en aquella noche en que la encontré extraviada y loca en medio de la más horrorosa tempestad, no tenía culpa de la muerte de su esposo. Era inocente no sólo como lo había sido siempre á mis ojos, sino lo que es más, ante ella misma.

No es extraño, pues, que por espacio de una hora casi estuviésemos con los brazos enlazados y usásemos pocas palabras que no fuesen exclamaciones de amor y de alegría.

¡Allí! No puedo, no quiero describir más circunstanciadamente la escena. Nada más diré, excepto que cuando nos tranquilizamos, María volvió con miedo aún y me dijo:

—Es cierto, Alberto, debe ser cierto.

—Por supuesto que lo es.

—Ese hombre, el preso, ¿no se habría confesado culpable si fuera inocente?

—¿Por qué iba á hacerlo? Era cuestión de vida ó muerte para él, el infeliz.

—¿Y por qué confesó?

—¿Quién puede decirlo? Acaso el remordimiento lo obligó.

María se levantó y dijo aprisa y excitada:

—No, no lo hice. El pensamiento, el sueño me perseguían, pero no llegué á creerlo sino cuando oí á aquellos hombres hablar del modo como murió. Entonces lo recordé todo, la tempestad rabiosa, el hombre muerto cerca del cual

estuve; y ni aun entonces me paece que lo creí. Sólo cuando me dijiste cómo me encontraste perdí toda esperanza.

—Perdóname, querida mia. Yo debería haber creído en la imposibilidad del acto aun en tu delirio, y aun cuando te lo hubiere visto cometer. Dí que me perdonas, María.

Me estrechó en sus brazos, murmurando:

—Alberto, esposo mío, has hecho mucho por mí, haz todavía una cosa más. Busca la verdad íntegra, indaga por qué ese hombre lo mató, cómo; satisfáceme de que su confesión es verdadera, y entonces, Alberto, estaré en posesión de una dicha nunca soñada.

—¡Y yo! salió involuntariamente de mis labios.

Le prometí hacer lo que deseaba, y á la verdad, desde que hube recobrado la calma resolví saber cuanto fuese posible. Una vez por todas quería disipar toda sombra de duda, aunque fuese esa sombra del tamaño de la mano de un hombre.

Pero María no debía quedarse en Tewnham: su extraña conducta durante el juicio, su desvanecimiento después, de seguro atrajeron la atención de los presentes, y sin duda la tenían por una amiga del preso sobrecogida por la súbita y horrible terminación de la causa. De todos modos no debía permanecer allí.

Nos fuimos á Londres por el tren de la tarde y á la mañana siguiente volví á Tewnham, obtuve el nombre del defensor del acusado y solicité de él una entrevista.

Me pareció un hombre digno y respetable, de

naturaleza propensa á encolerizarse. Le dije que me dirigía á él porque estaba muy interesado en el caso del convicto Guillermo Evans.

Mr. Crisp, que éste es el nombre del abogado, se entretenía hojeando algunos papeles que tenía enfrente.

—Mejor quisiera no hablar del asunto, dijo bruscamente. Nada me ha molestado tanto en muchos años.

—¿Por qué? Su cliente ha recibido lo que merecía.

—Cierto, señor, cierto; pero yo soy abogado y nuestra función no es la de buscar los méritos del cliente, sino los medios de salvarlo. Es difícil servir á un necio.

—Sin duda; pero apenas entiendo lo que usted me dice.

—¡Qué! Que yo habría podido salvar á ese hombre, no había evidencia alguna contra él. O mejor ¿cual era? Una pistola de mecanismo especial encontrada en el campo á media milla distante de la escena del crimen; un hombre que podía jurar que la pistola era propiedad de mi cliente, un usurero á quien quiso vendérsela. Esto era, señor en realidad, todo el fundamento para la acusación fiscal. Nunca me he disgustado más en mi vida, nunca.

Y el hombrecito excitable daba á entender que no era asumido su disguto.

De modo que la pistola que impensadamente arrojé, fué, después de todo, la huella que trajo al criminal ante la justicia. Aunque estaba completamente satisfecho de que el verdadero

criminal era el que iba á penar el sombrio crimen, traté de obtener todos los informes posibles.

—¿Y por qué se confesó culpable? pregunté.

—Porque es un necio. ¿No ve usted, que era lo mismo que suicidarse? A mi no me importa un bledo el hombre; pero confieso que me anonadó el ver la causa perdida y despedazada por su obstinación. Fuí á donde él estaba, como vería usted si se encontraba en el tribunal, le rogué que retirase su confesión, y le dije que podía salvarlo y el necio insistió.

—¿Y fué por motivos de penitencia ó de remordimiento que confesó?

—No sé. Más tiempo para el arrepentimiento habría tenido si me hubiera dejado salvarle de la horca. Pero nada; me dijo: "Eso es inútil, completamente inútil. Usted no sabe lo que yo sé. Hay alguien en el tribunal que lo sabe todo, que vió hacerlo. Ella ha venido á ahorcarme." Yo no tengo idea de lo que quiso decir.

Temblé; yo sabia lo que el hombre pensaba. El, como los demás, vió á María levantarse é interpelar al juez, y la vista de María fué lo que arrancó al desgraciado la última esperanza de salvación.

—Por supuesto, yo me lavo las manos en lo referente al reo, continuó el señor Crisp, pero sí me tomé el trabajo de inquirir si se había admi ido en el recinto del tribunal á algún testigo acusador; pero me aseguraron que todos estaban retenidos fuera.

Por unos instantes permaneci pensativo. El

abogado me vió como significándome que ya había usado yo del tiempo que el tenia disponible para oirme.

—¿Hay modo de obtener una entrevista con el condedado? pregunté. ¡Podria usted conseguir una orden para verlo?

—Indudablemente que sí, pero yo no tengo para qué visitarlo.

—Yo voy á darle á usted un motivo. Yo quiero que usted lo vea, y si es posible, logre una confesión escrita ó al menos dictada por el hombre, no sólo del simple hecho de su culpabilidad, sino de todos los particulares relativos al asesinato.

El señor Crisp me miró sorprendido y opinó que era imposible lograr lo que deseaba.

Yo había simpatizado con aquel hombrecito astuto y de hablar brusco: me parecia honrado y, después de considerarlo bien, me resolví á confiarle las razones que tenía para esta petición. Bajo la seguridad del secreto profesional le comuniqué brevemente lo que me pareció conveniente de mi relación y la de María con los sucesos de aquella noche. Oyó mi relato con un interés que auguraba bien para la recepción que aguarda ahora á esta sombría relación que doy al mundo. Su curiosidad pareció excitarse y me prometió ver al convicto é indagar, si le era posible, todo lo que yo deseaba saber. Le dejé mi dirección y me despedí.

Como nada más me detenia en Tewnham, me dirigí hacia la estación del ferrocarril con la idea de volver á la ciudad en el próximo tren.

Estando en la plataforma llegó un tren de Londres y de pronto me ocurrió cruzar el puente, entrar á uno de los vagones, y un cuarto de hora despues estaba en Roding. No estaba muy avanzado el dia y tenia yo algún tiempo de que disponer. Fui á Roding impelido por el deseo de visitar por última vez la escena que dió principio á todas estas angustias.

Anduve por el camino que sir Mervyn Ferrand atravesaba aquella noche sombría. ¡Ah! ¡pero cuán cambiado está todo! aunque no más que nuestras propias vidas. Hacia un magnífico dia de Septiembre: la lluvia del dia anterior habia dejado la tierra húmeda y fresca. Los campos, á ambos lados de la vía, brillaban con ese puro color de esmeralda que ostentan luego que la tormenta ha barrido sin piedad las yerbas secas, las margaritas y otras flores que crecen en ellos; más allá, de extremo á extremo, semejaban dorado mar de ondulantes espigas que aguardaban la siega; porque la cosecha se retardó ese año. Las rosas silvestres habian pasado ya, pero quedaban fragantes lirios y otras flores de los campos que sonreian desde los linderos y de lo alto de las ondulaciones del terreno.

Las aves rompian su silencio de Agosto y cantaban de nuevo, las grandes vacas soñolientas descansaban echadas á la sombra de los árboles, elevados montones de heno se veian al lado de sus hermanos mayores de menos apariencia pero más valiosos, y el paisaje entero aparecia envuelto en dulce reposo otoñal. La escena era

tranquila, pacífica y verdaderamente típica de Inglaterra, y tan bella, tanto me llenó de amor por mi nativa tierra, que á haber sido entonces escritas estas páginas, habría borrado á mi vuelta á casa toda mi brillante descripción de Sevilla. Un aliento de brisa suave pero fresca llegó de lejos, lo aspiré con delicia, levanté los hombros y quedé recto sobre mis pies.

En medio de mi felicidad reí á carcajadas al recordar un cuadro cómico familiar para mi de niño: de Cristino soltando su carga, porque me pareció precisamente el cuadro de mi propio caso. Sí, la carga que llevaban mis hombros habia caido de ellos para siempre.

¡Ah! este es el sitio, este mismo, en que cayó sir Mervyn. Fué aquí, precisamente, debajo de ese montón de yerbas destrozadas, que puse el cadáver, sin pensar que la blanca compasiva nieve le ocultase y salvara así á mi amor y á mi mismo. ¡Oh! cómo rogué en esos dias porque el tiempo crudo durase, porque su férrea garra retuviese el mundo hasta que volviesen á María la salud y las fuerzas! Así lo hizo y nos salvó.

"¿Dónde están las nieves del pasado invierno?" Pero no seria mejor que cantase: «¿Dónde está el pesar de ayer?» ¡Ido como la nieve! Otra nevada puede haber, otra pena puede venirme, pero la nieve del año último y mi angustia de ayer han desaparecido para siempre!

Sin embargo, muy horribles reminiscencias me traia aquel paraje para que yo permaneciese en él; me volví, y mi dicha pudo decirme que

yo perdonaba al muerto todo el mal que hizo. ¡Descansen en paz sus huesos! Seguí á lo largo del camino hasta llegar á la casa en que, como un cobarde que no se atreve á enfrentarse con sus desgracias, pasé aquellos meses miserables, sin objeto. Estaba desocupada, en las puertas y ventanas había anuncios de remate medio borrados, el mobiliario había sido vendido algunos meses antes. Me detuve, miré por la ventana por la que entró María, y sentí que desde aquella noche había pasado yo por más pena, pasión, miedo, esperanza y alegría de lo que bastaría para llenar toda una existencia. Entonces sacudí el polvo que cubría mis botas. ¡Jamás volveré á acercarme á veinte millas de este lugar!

Por de gracia, encontré á mi vuelta á la señora Wilson; traté de pasar sin dar señas de haberla conocido, pero no me dió tiempo, se paró delante de mí y me sentí obligado á detenerme. Estaba más huraña, más fea y más parecida á un halcón que nunca: sólo sus ojos parecían jóvenes, por lo menos tenían animación y vitalidad propias, y á la verdad me lanzaban relámpagos.

—¡Después de todo no fué ella quien lo hizo! dijo con fiereza.

Primero intenté afectar sorpresa y preguntarle qué quería decir: pero conocí que toda ficción habría sido inútil.

—No, contesté secamente.

—Necia, muy necia fui, dejándome llevar de un impulso. ¿Por qué se lo dije? Le juro á usted, doctor North, que á no haber estado segura de que era acto ejecutado por ella, jamás lo habría sabido. Hubiera muerto deshonrada como moriré yo.

Su mirada era puro veneno.

—Recuerde usted, dije con seriedad, que la señora Ferrand es hoy mi esposa. No permito que el nombre de ella sea comparado con el de usted.

Sonrió desdeñosamente:

—¡Su esposa! Pronto olvidó el primer amor. ¡Ah! por qué hablé! ¡Por qué no se secó mi mano antes de escribir esa carta! ¿Sabe usted por qué la escribí?

—No, ni quiero saberlo.

—Por venganza. Yo pensaba que ella había obrado con ese hombre como debí yo haberlo hecho: pero la odiaba por eso, porque lo amaba aún á él. Así creí que sería muy dulce para ella saber que había asesinado á su esposo, y para usted, su amante,—yo sabía que usted era el amante de ella,—saber que yo podía entregarlos en cualquier momento á la justicia. ¿Por qué confesó aquel hombre? Cuando yo ví á su esposa levantarse en el tribunal, me reí, sabía lo que iba á suceder. ¡Ah! ¡y ahora veo que en lugar de dañarla, le he hecho bien!

—Usted lo ha hecho, dije bruscamente y giré sobre mis talones.

La malignidad de esa mujer es tanta, que me satisface la convicción de que nada puede hacer contra María.

A cosa de un cuarto de milla más allá en el

camino, volví la mirada y advertí, mancha negra en un paisaje sereno, á la señora Wilson que aun me miraba. Me apresuré á llegar á una inclinación del camino que me libró de su vista. Entonces me di prisa en volver al lado de María, ¡á la felicidad!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

XVII.

Horizontes serenos.

Aunque Inglaterra era ya para mi esposa y para mí un país muy distinto del que abandonamos hace cosa de ocho meses, estábamos, sin embargo, ansiosos de volvernos á Sevilla para sosegar siquiera los temores de mi madre. Ella, la pobre, como lo decía su carta, no podía explicarse qué asunto de importancia nos hizo separarnos de ella de un modo tan poco ceremonioso. Desde el momento en que supe la tranquilizadora verdad, telegrafié diciéndola que estábamos bien y pronto iríamos á unirnos con ella. Sólo dos cosas nos detenían.

Lo primero, la confesión del convicto: pues, aunque María se ocupaba poco en eso, yo sabía que no estaría tranquila hasta que no la viese. Aun le asaltaba el temor de que, en la esperanza de mitigar el rigor de la sentencia, el hombre se había acusado de un crimen del que era inocente, y ni la relación sucinta que la dí de mi entrevista con el defensor la satisfi-

zo por completo: de modo que aguardábamos impacientes esa explicación que podía llegar ó no.

La segunda causa que nos detenía en Londres era ésta. Me propuse saber de fijo, antes de partir, si cuando me casé con María estaba ella plenamente reconocida como viuda de Ferrand; me dirigí á las personas encargadas de arreglar los asuntos de sir Mervyn y expuse mi caso á su visible incredulidad. Al principio juzgaron aquello un engaño; pero no por mucho tiempo.

Verdad es que la mitad de mi tarea estaba ya hecha, pues ya ellos, sin la asistencia de la señora Wilson, habían asegurado la fecha y particulares de la muerte de la primera señora Ferrand, y sólo tuvieron que asegurarse de que el certificado de matrimonio que yo les presenté era auténtico, para rendirse á discreción.

La herencia era corta, según me dijeron los administradores. Sir Mervyn murió *ab intestato*, y durante su vida había dispuesto de casi todas sus propiedades. Quedaba todavía algún dinero del que mi esposa podía reclamar una parte y fincas sobre las cuales tenía derechos; pero todo, en suma, era poca cosa.

Yo los interrumpí, diciéndoles que fuese grande ó pequeña la fortuna del difunto, ni un centavo proviniente de ella debía manchar la mano de mi esposa. Si el heredero de sir Mervyn Ferrand necesitaba ese dinero, que se le diese como gratuita donación, con tal que no fuese hombre de la raleá de su predecesor; si no,

que se beneficiase con esa suma algún hospital. En fin, les dije que todo cuanto yo quería era dejar puesto bien en claro que sir Mervyn Ferrand había dejado una viuda.

Los administradores, de los cuales uno, entre paréntesis, era el heredero, me consideraron como al hombre más excéntrico. Quizás por esto, ó para no acusar injustamente—acaso porque la herencia era casi nada en realidad, es lo cierto, que hasta hoy no he recibido comunicación, y mucho menos remesa de los administradores: ni á decir verdad, los he vuelto á molestar. Una vez admitido el matrimonio de María, me lavé las manos de todo el embrollo Ferrand.

La confesión no llegó, pero yo persuadí á María de que debíamos de partir. El señor Crisp podía mandar lo que quiera que fuese lo mismo á Sevilla que á Londres. Una vez más, pues, y ésta perfectamente dichosos, recorrimos esa larga jornada con la que estábamos ya familiarizados.

El gozo, la deshecha alegría con que María se arrojó en brazos de mi madre, acabó con todos los reproches y reconvenciones que aparentemente merecíamos. Fué nuestra vuelta como la de dos hijos pródigos: risas, lágrimas y dicha.

Aunque nada le dije á mi madre del objeto de nuestro misterioso viaje, ni ella la preguntó, ni una palabra que evidenciase conocimiento de lo pasado ha salido de sus labios, yo sé que todo le ha sido revelado, que María ha sollozado

toda la extraña historia en su regazo. Lo sé porque desde el día en que volvimos, el hondo interés de mi madre por ella se ha mostrado más tierno, más solicito y más profundo. Sí, me fué dispensada la triste narración. Los ojos de mi madre me dijeron al día siguiente que María le había dicho todo, como lo he hecho yo aquí, desde el principio hasta el fin.

Dije mal, no hemos terminado aún. Sentaos una vez más junto á mí, como al principiar mi narración: pero, esta vez, no al lado de un fuego casi apagado, sino afuera, en el patio alegre y bello de nuestra casa de Andalucía. María y yo estamos el uno al lado del otro, acaba de llegar el correo y me ha traído un paquete abultado sobre el cual, con mano ejercitada, están escritos mi nombre y mi dirección. Rompo apresuradamente la cubierta: sé lo que contiene y María también lo sabe. Deseo leerlo solo primero, pero la mirada suplicante que veo en sus ojos me hace desistir. Además, nada hay que temer, ni hay nada aquí que no deba saberlo ella. Así, en contacto nuestras mejillas leimos juntos. Sentaos con nosotros, reclinaos en mis hombros y leed.

CONFESIÓN DE GUILLERMO EVANS PRESO HOY EN TEWNHAM Y CONDENADO Á MUERTE.

"El día 5 de Enero de este año volví de Nueva-Zelandia. Trabajé á bordo por mi pasaje y cuando llegué á Londres tenía apenas unos cuantos chelines en el bolsillo. No tenía cosa alguna de valor [illegible] poseí

además de mis vestidos y de esas monedas, era una pistola que me dió un hombre á bordo del buque. Era un instrumento de su invención, tenía varias, y me dijo que quería hacerlas conocer. Por qué me la dió, sábelo Dios: pero de él la obtuve con un par de cápsulas.

«Gasté el dinero menos uno ó dos chelines; traté en vano de conseguir trabajo y recordé entonces á un amigo antiguo que vivía cerca de Roding. Me quedaba precisamente lo bastante para pagar el pasaje en ferrocarril hasta Roding, lo tomé, y al llegar supe que el hombre á quien buscaba hacía dos años que había abandonado el lugar. Me volví á pié á la ciudad sin un centavo y desesperado.

«Lo primero que hice, fué irme á una casa de empeños y tratar de vender la pistola; pero el hombre me dijo que su tienda estaba llena de pistolas y no quiso comprarla á ningún precio. Salí y me dirigí al paradero del ferrocarril por ver si ganaba algo de cualquier modo. Estaba desesperado y hambriento.

«A eso de las siete llegó el tren de Londres. Un caballero alto salió de la estación, y le pregunté si tenía algún equipaje que pudiera yo llevarle. Me contestó que apartara. Le pedí entonces por piedad un chelín para comprar algún alimento. Me maldijo, y empecé á odiarlo.

«Se detuvo bajo el farol, sacó un gran reloj de oro y vió la hora: preguntó luego á un hombre que estaba cerca, qué camino debía tomar para ir á un pueblo llamado Cherwell. Una vez informado, lo vi alejarse y sabía á donde iba.

«No hay esperanza para mí, la semana entrante me ahorcarán, pero la verdad es que pecador y todo como soy, nunca había cometido un crimen semejante al que se me ocurrió en ese momento. Aquel hombre tenía dinero, joyas, buenos vestidos, y yo no tenía nada y estaba pereciendo de hambre. Corrí, me le adelanté, anduve algunas millas y me senté en medio del frío penetrante, sobre un montón de piedras, aguardando á que llegase y pensando en matarlo y robarlo. Sabía que debía matarlo, porque era mucho más fuerte y corpulento que yo. Mi pistotola estaba cargada.

«Llegó. Lo vi á la luz de la luna, me puse de pié al hacercarse y, Dios me perdone, tiré el gatillo y le herí en el corazón. Cayó como una piedra y me reconocí asesino.

«¡Oh, á haber podido, hubiera deshecho el daño! Largo tiempo estuve sin atreverme á acercarme al cuerpo y robar los objetos que me habían hecho cometer el crimen. Por último, me animé y fuí á tomar el precio por el cual, á no ser Dios misericordioso, he vendido mi alma.

«Nada tomé. Precisamente cuando iba á empezar, oí unas pisadas, me volví y miré venírseme una mujer ó un espíritu, y voté aterrado la pistola. Estaba seguro de que me había visto, á la luz de la luna, noté su rostro blanco, el movimiento de sus labios y su cabellera flotante. Se dirigió al lugar en donde yacía el cadáver y se detuvo retorciéndose las manos. Lleno de terror mortal, huí, atravesé corriendo varios

campos sin osar detenerme y pensando que el espíritu ó duende venía persiguiéndome.

«Corrí hasta que comenzó la nevada. Habría muerto en esa tempestad de nieve á no haber encontrado un pajar medio techado, en donde me asilé y dormí esa noche y parte del otro día. Era el sér más degraciado del mundo.

«El hambre al fin me lanzó de allí, atravesé como pude la nieve, hasta llegar á una casa en donde me salvaron de morir de hambre. Nada pudo hacerme volver al lugar en donde cometí el asesinato; mi vida es desde entonces una agonía, y aún ahora que voy á ser ahorcado, me siento mejor que en estos últimos meses. Plegue á Dios perdonar mi crímen.

«Me confesé culpable en el juicio, porque, al volverme en el lugar en donde estaba, ví la mujer que yo creí un espíritu, de pié y lista á denunciarme ante el juez. Sabía que me había visto aquella noche y que estaba condenado á ser descubierto.

«Todo lo he confesado. Cuanto aquí digo es verdad, cierto, como que espero misericordia.

«WILLIAM EVANS.»

«*P. S.*—La confesión que precede la escribí al dictado del prisionero. Creo que será todo lo que usted desea. El hombre parece completamente arrepentido, pero no quiero yo molestarlo con sus expresiones de pena y de remordimiento.

«Quedo, estimado señor muy á sus órdenes

«STEPHEN CRISP.»

Leímos las últimas líneas, cayó el papel de nuestras manos y nos volvimos á mirar. En los dulces ojos de María había lágrimas de profunda gratitud. La confesión del desgraciado lo había aclarado todo hasta en sus últimos pormenores. Nada quedaba por explicar, excepto, acaso, el motivo que indujo á María á ir esa noche al encuentro del que una vez más quería engañarla; jamás lo sabremos, pero su pasajera locura puede explicarlo perfectamente. ¿A qué indagar más? La más ligera duda acerca de su perfecta inocencia ha desaparecido de la mente de mi esposa. Enlazadas las manos, juntos los corazones y los labios, así podemos estar y sentir que al fin pasaron nuestros días de prueba.

¡Pasadas nuestras penas! ¿Serán éstas las últimas palabras que escriba? No, una escena—ésta que tengo ahora á mis ojos.

Un hogar inglés. Afuera, praderas de yerba verde recortada, senderos entretejidos y buenos árboles viejos. En el interior la comodidad y la paz que hacen el hogar de Inglaterra el más agradable del mundo. Porque cuando pasó la necesidad, cuando ya luminosa España no fué más nuestra tierra de refugio, disminuyeron sus encantos, y resolvimos ver de nuevo los campos de Inglaterra y sus rostros rubicundos y honrados. Volvimos y alzamos nuestro hogar lejos, bien lejos de aquellos lugares cuya vista pudiese despertar en nosotros tristes recuerdos. Y aquí vivimos y estaremos hasta que la hora llegue en que uno de los dos haya

de besar el párpado frío del otro, y sepa que la muerte ha roto lo que nada sino ella puede separar.

Ved, mirad á través de esta ventana. Allí está sentada mi esposa, con su hijo ya crecido al lado, é hijas bellas á su alrededor. Años han pasado, muchos años, pero no han dejado huella en su rostro, no han traído hilos blancos que deslustren el brillo de su negra cabellera. ¡La rica, espléndida belleza de la joven dura aún en ella, que es para mí hoy, como entonces, la mujer más dulce y bella del mundo!

Los niños me ven cuando me fijo con mirada pensativa y dichosa en el grupo debajo de los árboles. Me llaman y me señalan. Alza mi esposa la cabeza, se encuentran sus ojos con los míos que acaban de levantarse de estas tristes páginas. ¡Ah! ¡amor, dulce amor, que me cupo en suerte leer una vez en esos ojos queridos! Vergüenza, pena, temor, desesperación y amor. ¡Todo eso, excepto el amor, ha tiempo desapareció, y cuando vuelvo á escribir estas líneas, las últimas, guardo conmigo esa mirada de gozo tranquilo, seguro, sereno, que me dice que de su vida ha pasado hasta el recuerdo de esos tristes días sombríos!

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PEREGRINO.

Muy lejanos, muy lejanos están ya los tiempos de la fe sencilla, y sólo nos lo recuerdan las piedras doradas por el liquen y los retablos pintados con figuras místicas de las iglesias viejas. Con todo, suelo encontrar en las romerías, ferias y caminos hondos de mi tierra, un tipo que me hace retroceder con la imaginación á los siglos en que, por ásperas sendas y veredas riscosas, se oía resonar el himno *¡Ultreja!*, cántico de las muchedumbres venidas de tierras apartadísimas á visitar el sepulcro de Santiago, el de la barca de piedra y la estrella milagrosa, el capitán de los ejércitos cristianos y ginete del blanco bridón, espanto de la morisma.

Siempre que á orillas de la árida carretera, sentado sobre la estela de granito que marca la distancia por kilómetros, veo á uno de esos mendigos de escavina y sombrero de hule que adornan conchas rosadas, otros días y otros

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

hombres se me aparecen, surgiendo de una niebla melancólica; y así como lo distingo en el cielo, trazado con polvo de estrellas, veo en el suelo el rastro de los innumerables ensangrentados piés que se dirigían hace siglos á la hoy solitaria catedral....

Me figuro que los peregrinos de entonces no se diferenciaban mucho de estos que vemos ahora. Tendrían el mismo rostro demacrado, la misma barba descuidada y revuelta, los mismos párpados hinchados de sueño, las mismas espaldas encorvadas por el cansancio, los mismos labios secos de fatiga; en la planta de los piés la misma dureza, á las espaldas el mismo zurrón, repleto de humildes ofrendas de la caridad aldeana.....Hoy hemos perfeccionado mucho el sistema de las peregrinaciones, y nos vamos á Santiago en diligencia y á Roma en tren, parando en hoteles y fondas, durmiendo en cama blanda, y comiendo en mesas que adornan ramos de flores artificiales y candelabros de gas....!

En la choza del campesino acoger cordialmente al peregrino pordiosero. Para una casa donde le despidan con palabras acres, tratándole de haragán y de vicioso, hay diez ó doce que abren la cancilla sin miedo, y le reciben con hospitalaria compasión, dándole por una noche el rincón del *lar* en el invierno y el *mollo* de fresca paja en el verano....

De verano era la noche,—16 de Agosto, fiesta de San Roque milagroso,—cuando un peregrino pidió albergue al labrador más rico de la parroquia de Rivadas.

El labriego, que era de estos que llaman de *pan y puerco*, había celebrado aquel día una comilona, con motivo de ser San Roque patrón de la aldea, y haber llevado él, Remualdo Morgás, el *ramo* en la procesión. Allí estaba todavía el ramo, respetuosamente apoyado en la pared, salpicado de flores artificiales, de hojas de talco y de rosquillas atadas con cintas de colores. Y la *familia*, es decir, la parentela y los convidados, bien bebidos, bien comidos, regalados á cuerpo de rey, con esa abundancia que despliegan en día de hartazgo los que todo el año se alimentan mal y poco, se disponían á formar tertulia en la puerta, tomando *el lunar*.

Los viejos se sentaron en bancos de madera, taburetes ó *tallos:* una muchachacha alegre requirió la pandereta; otra no menos gaitera de condición, sacó las postizas; los mozos se colocaron ya en postura de convidar al baile; los chiquillos, con el dedo en la boquita, el vientre lleno y estirado como un tambor, dirigieron el dulce arroz con leche, muertos de sueño y sin querer acostarse, esperaban á ver el regodeo. La reunión estaba muy alegre, animada por la buena comida y el vinillo, y dispuesta á solazarse hasta la media noche,—hora bastante escandalosa en Rivadas.

Apareció entonces el peregrino. Le reconocieron de verle por la mañana en la iglesia, donde había pasado el tiempo que duraran la misa y la función, arrodillado en la esquina del

presbiterio con los brazos abiertos, los ojos fijos en el Sagrario, y rezando sin cesar. Las plantas de los pies, que se le veían por razón de la postura, habían arrancado á las mujeres—tal las tenía—frases de asombro y lástima. Las guedejas largas, negras, enpolvadas y en desorden, colgaban sobre la esclavina agrietada y vieja, donde ya faltaban algunas conchas, y otras se zarandeaban medio descosidas. La calabaza del bordón estaba hecha pedazos; el sayo, de paño burdo, mostraba infinidad de zirones y remiendos.

No debía de llevar ropa blanca interior, porque al subir los brazos para ponerlos en cruz, aparecían desnudos, flacos, con las cuerdas de los tendones señaladas de relieve, y los huesos marcándose lo mismo que en una momia.

Con todo, al presentarse de noche el peregrino, no le miraron los labriegos sin alguna prevención. Estaban contentos, hartos, en ánimo de divertirse, y aquel hombre ni venía á bailar ni á reir: advertíase que no era de esos bufones de la mendicidad, encanto de las tertulias campesinas, que pagan su escote diciendo agudezas y vaciando el saco sin fondo de los cantares y los cuentos.—Hicieron sitio al peregrino, y hasta le ofrecieron un rincón del banco; pero se comprendía que hubiesen preferido no tener aquella noche semejante huésped.

Sentóse, ó, mejor dicho, se dejó caer, rendido sin duda por el calor y la fatiga ya crónica. Desciñóse el zurrón, flojo y vacío por arriba

pero que en el fondo abultaba, y se quitó el sombrero adornado de conchas pequeñas.

Era un hombre como de treinta á treinta y cinco años, de cara larga, cóncavos ojos y barba muy crecida. Sentado y todo, en vez de saludar al concurso rezaba entre dientes.

—Déjese ahora de oraciones y coma, que falta le hará:—advirtió compadecido el tío Remualdo.—Rapazas, á traerle *bolla* de la fiesta y un vaso de vino viejo.

—No bebo vino,—contestó el penitente: y todos callaron sin atreverse á insistir, porque comprendieron que estaba *ofrecido*. La moza de las castañuelas presentó el zoquete de *bolla*, y el peregrino lo tomó con ansia: pero antes de llegarlo á la boca, se bajó, cogió con los dedos un puñado de polvo, y lo esparció sobre el pan, hincándole al punto los dientes.

Mascó con avidez, atragantándose, y pidió agua, por señas, apuntando a la calabaza rota. Un mozo ágil y vivo salió por agua á la fuente.... pues en días como aquél del patrón San Roque, el agua estaba proscrita en casa de Morgás.—Presto volvió con una *cunca* ó escudilla de barro llena de agua fresquita, y el peregrino, arrojándose á la escudilla, la asió con las dos manos y la apuró de una vez, sin respiro. Limpióse la boca con el reverso de la mano, y pronunció en tono de compunción profunda:

—¡Gracias á Dios!

—Pudo venir antes, hombre—indicó en son de censura el tío Remualdo.—Pudo venir por

la tarde.... y comía y bebía á gusto, carne y bacalao á Dios dar.

—Por la tarde no podía, no señor—objetó el peregrino.—Tenía que ayunar desde puesto el sol de ayer hasta ponerse el de hoy. Y tenía que pasar las horas del día este rezando con los brazos abiertos....

—¡Jesús, Ave María; San Roque bendito!—murmuraron las mujeres con acento entre lastimero y respetuoso.

Ninguna pensaba ya en canticios ni en danzas: el peregrino, que momentos antes les había parecido un estorbo, ahora absorbía su atención: asediábanle á preguntas.

—¿Va á las Ermitas?—indicaba una.

—No, irá á la Esclavitud—advertía otra.—No, al Corpiño.... A Santa Minia de Briones...

—Voy á Santiago—respondió el peregrino.—Con esta son siete las veces que tenge ido, siempre por caminos diferentes, cuanto más largos y más malos mejor.

—¿Por oferta?

—Por oferta de toda la vida.

—¡De toda la vida! repitieron atónitos los aldeanos, que, sin embargo, son gente que hace lo posible por no admirarse de nada.

—¡Ay!—silabearon viejas y muchachas agrupándose en torno de él.—¡Ay, nuestra alma como la suya! ¡E-te sí que gana el cielo! ¡Es un santo!

—Soy un pecador malvado,—infame—contestó sombriamente el peregrino, que sin duda traía aprendido de memoria y preparado el modo de acusarse y confesarse en público.—Soy un pecador malvado: no soy *dino* de que la tierra me aguante de vivo ni de muerto.... ¿Queréis darme de palos ó hartarme de bofetones, almas cristianas? Haréis muy bien, y yo rezaré por vosotros.

Y como los aldeanos se quedasen suspensos, reiteró la súplica.

—Ya me habéis dado de comer, y el Señor vos lo pagará y vos lo aumentará de gloria: ahora os pido por el alma de vuestros padres que me déis con un palo. Hice oferta de dejar que me sacudan y de pedir por Dios aún más. Nadie quiere.... Pues bien lo merezco.... ¡Soy un pecador malvado!—repitió con entonación lastimera.

—¡Jesús!—repitió la vieja señora Juana, mujer del anfitrión, juntando las manos como para orar.—Tánto ayuno, y tanta penitencia, *malpocadiño*.... A la fuerza tiene que ser por un pecado muy grande, muy grande. ¿Qué pecado fué, *santiño?* Todos somos pecadores, Jesús, Jesús.

No respondió el peregrino al pronto, y sus ojos, relucientes como ascuas, se fijaron en la mujer que le dirigía la pregunta. La luna había salido ya, y le alumbraba de lleno el rostro. A su luz, clara entonces como la de medio día, se vieron correr por las demacradas mejillas del penitente dos lágrimas.

—Yo tuve un hermano—murmuró al fin con voz cavernosa.—Eramos solitos, porque quedamos sin padre ni madre. Mi hermano era el más

pequeño. Trabajaba bien la tierra, y viviamos. El andaba loco detrás de una rapaza del lugar que se llamaba Rosa. Y ella.... Nuestro Señor la perdone.... ríe de aquí, canta de allí.... y todo se le volvía alabarse de que á mi hermano le hacía cara, pero que á mí me aborrecía, que no me daría ni una palabra si me arrimase á ella, que más se quería casar con el último de la aldea que conmigo.... Y en las romerías y al salir de misa, me hacía burla y me decía vituperios.... Y yo por tema me arrimé.... y Rosa....

—¿Qué hizo? ¿Le quiso? ¿Dejó á su hermano?—preguntaron ansiosas las mujeres, interesadas por el drama de amor que entreveían en aquel relato entrecortado é informe.

—Lo dejó.... ¡Dios la perdone!—respondió el penitente, arrancado de lo hondo del pecho un suspiro largo.—Y.... tanta rabia tomó el infeliz, que se vino á mí como un lobo á querer matarme.... Yo me defendí.... ¡Nunca me defendiera!.... ¡Soy un pecador malvado, almas cristianas!....

Los gemidos y sollozos empañaron su voz. Todos callaban: la señora Juana se persignó devotamente....

—*Ahora*—dijo el peregrino alzando la cabeza—estoy ofrecido á pasar toda la vida peregrinando á Santiago y pidiendo limosna. Los días de fiesta, ayuno.... porque un día de fiesta fué cuando!.... Vamos, ya saben quién tienen aquí.... ¿No me darán un rincón para pasar la noche?

La señora Juana se levantó y fué á disponer la paja más fresca y mullida, en un corbetizo pegado á la casa, sitio excelente para tiempo de verano. Buscó un saco de harina y lo colocó de modo que hiciese de cabezal; y dispuesta así una cama envidiable, llamó a su huésped. Pero éste, abriendo el zurron, sacó de él una piedra cuadrada, que era lo que abultaba en el fondo, y la puso en el sitio del saco de harina: hecho lo cual, se tendió en la paja. Sin duda estaba rendido, exhausto: se comprendía que le era imposible dar un paso más.

Después de su marcha, las mozas intentaron otra vez bailar, cantar y divertirse. Sin embargo, lo hacían con poco brío, sin animación, ni empujones, ni carcajadas. El peregrino las había *asombrado*. Cantaron en dialecto coplas tristes, como esta que traduzco:

"Todas las penas se acaban,
Mi glorioso San Martín:
Todas las penas se acaban,
Las mías no tienen fin."

Y los mozos, puesta la mano detrás de la oreja, columpiando el cuerpo, les respondían con esta otra:

«Cuando oigas tocar á muerto,
No preguntes quién murió:
¡Puede ser, niña del alma,
Puede ser que sea yo!»

A la madrugada cuando la caritativa vieja

señora Juana fué al cobertizo á llevar al huésped una *cunca* de leche fresca y espumante, no vió más que el hueco del cuerpo señalado en la paja. La piedra había desaparecido, y el hombre también, continuado su eterno viaje.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

RARA AVIS.

Son *él* y *ella;* ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarros; tienen un estanquillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos: se aman. Y sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*. Parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que á cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa y estrecha, ojos clarísimos, enagenados de luz, pero que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada como una amapola; su mirada es limpia y un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; y su abundante cabello castaño obscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustrosas ondas en la frente, cae y resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero ¡qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento..... Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente á las filas de panes y bajo las patitas de los títeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa muy blanca y su corbata de color, muy bien anudada; *ella*, con sus enaguas planchadas y su relicario al cuello, riendo á la vida que pasa tumultuosamente por la calle.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Qué contraste hacen siempre esas raras fisonomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda ó los arrapiezos, noches sin sueño y días sin reposo!.... ¡Qué contraste hacen y cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; y las mismas fatigas y ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente y el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga!..... La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha llegado en su consunción á la necesidad del excitante, y bebe ajenjo. La estatua que se perfilaba, serena inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto á la escultura escueta y atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. Y las dos son copias del hombre: sereno y bello, como la primera, fué el hombre antes de su redención, y después de su redención, en ese inmenso período que aún no se cierra, escueto y lívido. Las bregas del sentimiento siempre en guardia, y las del sentimiento siempre en tensión han marcado los cuerpos. Entre las vestales y las monjas hay la misma diferencia física que entre las palomas y las golondrinas. Entre Mirabeau y Perikles hay la misma diferencia que entre Sofía y Aspasia. El manantial está rebotado....pero el hombre cada día tiene más sed. Mas no soñemos con la restauración helena, aun cuando sea un sueño divino, no choquemos nuestra fantasía caprichosa con la ley de hierro de la casualidad, y doblemos la cabeza, con todos sus ideales, ante el fatalismo inconsciente de la vida, como dobla el árbol sus ramas cargadas de frutos y flores al soplo ciego del huracán. La historia es una elaboración, y las épocas tienen, como los precipitados químicos, su color especial. Lo cual no impide, sin embargo, que los celajes floten en el cielo y las ilusiones en el alma.....

El caso es que esta nuestra civilización, es extraordinariamente variada, y ha dado al traste con la sencillez antigua. El comercio, la ciencia, el amor la alimentación, todo es complicadísimo. Da gusto, ó curiosidad cuando menos, encontrarse con gentes rústicas de corazón, que se sientan á la orilla del camino, mientras los demás desfilan atropellándose.... Y aunque por la descripción que de *ellos* he hecho, se ve que *él* no tiene la arrogante hermosura de Alcibiados, ni *ella* la intachable corrección de Frinea, sino que son dos pobres productores de nuestro molde nacional, que no es muy bueno, forman, sin embargo, excepción entre los tipos que conozco: porque son dos felices, cándidamente felices, á quienes el ardiente sol democrático calienta sin quemarlos, y que sienten y

saborean el exquisito placer de la vida en medio de tantos que la detestan por amarga y que solo la soportan por miedo de Hamlet. En este sentido son dos antiguos, que no tienen torbellinos en la cabeza ni torcedores en el alma. Son dos niños que juegan al amor, mientras los hombres formales juegan á la embriaguez, al lujo y á la prostitución. Venden pan, cigarros, dulces; comen mal, duermen bien. Van al Zócalo, á oír la música, van á la iglesia, sin más pensamiento que el de rezar á Dios. Su Dios es un Dios bueno, sonriente.... por supuesto, si ellos son así: la divinidad es el reflejo de las almas. En la calle atravesada por taciturnos y apresurados, *ellos* estorban; ociosos satisfechos. Se detienen en los aparadores, y *ella* le dice á *él* los objetos que le agradan y se los describe pintorescamente. Pasa al gran trote un carruaje, que tal vez cueste muchas tristezas á su dueño, y *ella* exclama sin envidia—¡qué! muy contenta de que haya quienes tengan cosas bellas:—*qué bonitos caballos!* y *él* repite, iluminanado de gozo: *¡què bonitos caballos!*

Su historia es muy sencilla. Se amaron. *El*, entonces, veía. A los pocos meses de apasionado noviazgo, cegó; y al perder la luz del sol creyó perder también la luz de *ella*. ¡Sublime engaño! La muchacha, sin lamentos, sin lágrimas, con toda naturalidad, fué á verlo en su desesperación, en su noche horrible, y le dijo: *me caso contigo*. No hubiera experimentado emación mayor si le hubiera arrancado la venda de sus pupilas: Ese hombre debe comprender, porque

lo ha sentido, el grito de Dios: *fiat lux*! Se casaron. *Ella* lo peina, lo viste, lo compone, como si fuera su rorro; *él* la acaricia y la besa. ¡Con qué amor tan especial deben amarse!

Los domingos, en el ojal de su levita nueva, *ella* le pone un ramito; y de la mano, con cariño, con solicitud, lo lleva á pasear, á lucir el ramito y levita nueva. Y lo mira con unos ojos!.... Como *él* no la vé, *ella* no esconde sus miradas. Una mujer no puede tener coqueterías de ojos con un ciego. Lo cuida y lo mima como una madre á su primer hijo. Y *él*, que se siente penetrado por el amoroso fluido, como si lo envolviera una caricia tibia y buena, vuelve á la esposa sus pupilas muertas, y como si la viera sonríe.... Duermen juntos, en un mismo lecho.... Pero no se puede hablar de estas cosas sin que la imaginación de los lectores modernos evoque en el acto un grupo de novela francesa. Hay inocencias que ya no se comprenden. El pudor cristiano ha tenido el impudor de vestirlo todo. De buena gana le pusiera pantalones al Apolo de Velvedere, y chaquetilla á la Venus de Nilo.

El hombre que ya perdió la costumbre de juzgar las desnudeces como simple artista, ve en ellas algo más que la línea. El hecho estúpido de cubrir las formas ha creado el placer sensual de desnudarlas. Bien es cierto que los miembros escuálidos de San José bien merecen la capa; y muy espesas faldas las carnes flojas de Santa Trigidia ó de Santa Mónica.—Pero puesto que es necesario, no hablemos del lecho, que

semeja cuna de gemelos, en la que *ellos* duermen sus amores blancos....

Algunas ocasiones van al teatro, á galería. Prefieren el drama, el drama español, sangriento, atravesado de choques de espada y gemidos de dolor y explosiones de ira, palpitante, descabellado, terrible; en el que hay siempre una mujer muy sollozadora, que empapa de llanto una docena de pañuelos; un traidor pingajoso, de torva mirada y voz tronatoria; y un justiciero de peluca rubia y espadín colgante, que en el último acto derriba al traidor y se casa con la dama de los pañuelos. Los he seguido á galería. Allí los he visto comer dulces en los entreactos y los he oído platicar encantadoras tonterías. He presenciado sus lágrimas en las tiradas patéticas, sus zozobras en las escenas de espectativa y sus aplausos en el inesperado desenlace.—Se posesionan realmente del drama; al grado, que odian á un pobre Sr. Arteaga, que es el actor-traidor, y adoran á un Sr. Zendejas, que es el actor justiciero. No pueden hacer la abstracción entre el personaje real y el personaje representado. Es de ver la variación de sus fisonomías, según que en el proscenio medita crímenes Don Nuño, ó fulmina cóleras Don Lope. Para *ellos*, la Sra. Servin es una infeliz digna de compasión, porque si bien es cierto que se casa con el Sr. Zendejas, "no merecía haber sufrido tanto.» «Pobre! siempre la calumnia....» Siguen el drama con avidez angustiosa, se mueven en sus asientos, se codean, contienen el aliento, sudan, esperando y

desesperando, el ciego aguzando los oídos, *ella* sorbiendo el escenario con los ojos. Por supuesto que no piensan en las analogías que puede haber entre las escenas del mundo en que viven y las escenas del drama á que han asistido, no; el teatro es para *ellos* un mundo aparte, con su existencia propia, real, eso sí, pero sólo en ese mundo hay esos detalles y esos seres. Es una vida de emociones al lado de la vida tranquila de todos los días, independientes las dos.—Guardan los programas con religiosidad; alguna vez sueñan con la cara pintorreada del traidor, «del malvado.»

A la iglesia los he seguido también. Oyen la misa con atención y después de terminada, se arrodillan largo rato frente á un cuadro grande, de lustroso marco dorado y bien restirada tela, en la cual se destaca, entre una vegetación exigua, pero muy verde, un viejo sanguíneo, calvo, de abundante barba blanca, cubierto con un burdo manto, enseñando los pies desnudos, carnosos, surcados de hinchadas venas azules. Lleva una palma en la mano izquierda y levanta la otra al cielo, un cielo entre cuyas nubes pardúscas asoman bustos de querubines redondos y mofletudos, con fragmentos de alas.

Un ángel diminuto, regordete, de macizas carnes colorado, con dos alas cortas y anchas como abanicos abiertos, y un manto color de rosa enroscado entre las piernas, le ofrece al viejo, con sus manecitas tendidas, una mata silvestre y unas flores bien poco lozanas. Abajo del cuadro se lee en parejas letras amari-

llas: *San Ciro, médico, anacoreta y mártir, de quien fué devoto el beato Francisco Jerónimo.* A la salida del templo, después de introducir sus dedos en la pila del agua bendita para mojarse la frente, dejan una moneda en la charola de las limosnas, y juntos se van paso á paso por la calle, con una cara de beatitud inefable.... ¿Qué le piden á San Ciro, á ese médico descalzo que por todo instrumento de cirujia tiene una humilde palma? ¿Le piden acaso que le vuelva la vista al ciego?.... La ironía humana que hasta de ella misma se burla, respeta á estos arrodillados. ¡Y quién no los envidia! Delante de ellos el sabio se lamenta de ser sabio. M. Renán, ese sabio impío, tan terrible como Lutero y tan candoroso como una novicia, destruye los altares con su pensamiento..... ¡ay !pero deja su corazón entre las ruinas.... *Ellos* no han necesitado, para llegar á la suprema visión del Dante, atravesar como él la pesadilla horrible del infierno.

La mentira sublime es para *ellos* una sublime verdad. Son pobres seres atrasados en el camino humano, que aislados y contentos en su aislamiento, forman caravana aparte, y bajo sus modestas tiendas duermen el sueño sin cuidados de los que nada saben. Allá, á lo lejos, en la estepa infinita, los elegidos vuelan en las radiosas alas de la electricidad..... En tanto ellos, los olvidados, los pobres de espíritu que amaba Cristo, van todavía sobre los torpes mulos, cantando á la luz de las estrellas el *Ave María*.....San Ciro médico, sin sus

dos devotos, es un cuadro feo; con ellos, es un cuadro encantador.

Un día que como de costumbre, entré al estanquillo á comprar cigarros, sorprendí una escena primorosa. La cortina que cubre el fondo, no estaba bien corrida y dejaba ver una pieza pequeña y aseada. El ciego estaba sentado con una toalla al cuello y la barba cubierta de esponjado jabón. *Ella*, divertidísima, lo afeitaba con singular destreza. Al entrar, oí que le preguntaba como preguntan los peluqueros: "¿molesta la navaja, señor?" ¡Tenía una dulzura su voz!....El ciego estaba radiante.

Por último, otra vez los seguí á la Alameda. Un crepúsculo espléndo caía sobre los árboles. Pocas nubes, casi transparentes, ligeramente rosadas. El ocaso, teñido por un barniz de oro pálido, hacia resaltar con rigidez escultórica las crestas restiradas de los montes. Un trozo de la luna lívida, cortaba con sus dentelladuras la sedosa tersura del cielo. Una banda militar tocaba, y las notas, agitando sus alas vibrantes [illegible]io las tupidas hojas, parecían parvadas invi[illegible]es de pájaros. La última luz del día penetra[illegible] las calzadas del parque, por entre las ma[illegible] verdes, opaca, cenicienta, como circuida [illegible]r un velo. A lo lejos, el fondo azul era un [illegible]enzo para las líneas inmóviles de la torre. No [illegible]sé qué cosa tocaba la banda; algo que me gus[illegible] mucho, una pieza suavemente melancólica, [illegible] que me pareció así. Se sentaron en una banca [illegible] hierro, le compraron á un nevero dos vasos

de limón helados, y, mudos, absortos en su felicidad, *ella* con su cara de amapola y *él* con su ramito en ojal de la levita, respirando el aire puro y oyendo la dulce música, permanecieron allí, hasta que las estrellas anunciaron la noche.

El misterio descendió á la tierra. Una campana tocaba á oración. *Ella* le dió el brazo á *él* y se internaron en la sombra. Desaparecieron. ¿Qué se dirían á solas en la callada noche? Yo solo sé que me puse á pensar en *ellos* con envidia, que nunca como en ese instante de soledad y de silencio, como en esa hora triste y bella que muy pocos saben disfrutar, sentí el deseo inmenso de un amor como el de *ellos*.... Las estrellas que se ven como gotas de luz en los pedazos descubiertos del cielo, el aire oliendo á tibia esencia de lirios, la sombra que abriga y oculta, todo convida á amar.... Y *ellos* se aman! Me fingí una de esas conversaciones á cada instante interrumpidas, con frases que el sentimiento trunca, con palabras que brillan en la obscuridad, con exclamaciones de fuego palpitantes....Me fingí suspiros que piden caricias y besos que retozan inquietos y que resaltan ruidosos.....Yo los vi entonces, en lo más denso de la sombra, muy juntos, con las manos enlazadas, temblorosos, los labios en los labios.....El ave del paraíso agitaba sobre *ellos* su plumaje de iris.....

¡Ay! suspiré levantándome, es una rara ave el ave divina!.....

JESUS URUETA